

NOTAS NOTAS

seguirán enriqueciendo la literatura venezolana. En cuanto a los españoles, Luis Goytisolo es también autor de *Con las mismas palabras*; Juan Marsé lo es, además de la primera, *Encerrados con un solo juguete*, de *Esta cara de la luna*; y Juan García Hortelano es hoy uno de los primeros nombres de la moderna narrativa española; mención aparte merece José Manuel Caballero Bonald, por ser uno de los más apreciables poetas del actual panorama literario. El segundo aspecto, no mencionado hasta ahora, es que esos autores, pese a estar injertados en la voluntad de renovación que anima al género en todo el mundo, son ante todo frutos de su propia cultura, y asumen sus propios problemas, su propia sociedad, sin concesiones, ni por parte del jurado ni por parte suya, a una minoría snob e inoperante. Y el tercer aspecto, con el cual quisiéramos terminar, para más resaltarlo, estas notas, es el de la importancia que el Premio ha concedido a la literatura latinoamericana, rindiendo así homenaje a unos pueblos y unas culturas de los que está convencido que el artista y el hombre español tienen actualmente que admirar y aprender mucho.

CARIDAD MARTINEZ



Rodolfo Izaguirre: ALACRANES.
(*Letras de Venezuela, Dirección de Cultura, Univ. Central de Venezuela, Caracas 1968*).

Si Rodolfo Izaguirre, en lugar de haber dedicado unas cuantas semanas de vacaciones a imprimirle forma a su novela ALACRANES, hubiera

podido darse el lujo de recluirse por unos dieciocho meses, como lo hizo el afortunado García Márquez para rematar sus "Cien Años de Soledad", posiblemente estaríamos hoy ante una obra que nada tuviera que envidiar a sus colegas del famoso boom latinoamericano.

Lamentablemente no podemos reseñar lo que hubiera podido suceder. Tenemos que examinar la obra tal como se nos presenta, con todas sus imperfecciones reconocidas por el propio autor. Y a sabiendas de que se trata de su primer intento narrativo debemos reconocer que nos encontramos en presencia de un vigoroso prosista: un maestro en símbolos que como en "La Peste" de Camus o en "El Túnel" de Sábato, cautiva por la fuerza de su lenguaje. No nos parece cosa de principiante, como lo apuntara — en nuestra opinión erróneamente — un profesor de literatura. Por el contrario, se requiere mucha madurez para ofrecernos, en el semblante de una vieja casa caraqueña, un mundo que se desmorona; para conferirles una nueva dimensión a los colores del yodo, de la creosota y del elixir paregórico, que se escapan de sus frascos; al movimiento de la boca del Negus en la estampilla de una vieja tarjeta postal; al perrito enmudecido de la RCA Victor; a la casa que ha venido girando y huyendo, poniéndose chiquita en medio del vendaval, para estallar de pronto como si una pelota de béisbol quebrara en el aire un espejo de oro... Corrientemente decimos que la muerte ronda; pero no todos le atribuyen la cualidad de ir tocando de puerta en puerta, fingiendo los golpes del cartero, del cobrador de la luz o los del muchacho de la panadería; de dar

NOTAS NOTAS

patadas (o “duros coñazos”) en el pecho de las viejas, anticipada o seguida de una invasión de alacranes, mariposas negras, avispas, cigarrones y ratas, del gemido de la pavita y la agonía de un arrendajo martirizado por las hormigas.

La casa en trance de caer bajo su propio peso y unas cuantas cuadras en la parroquia de San Juan, son el escenario de la novela. Un ambiente de recuerdos amasijados, de supersticiones y creencias ingenuas, de azorada religiosidad, de ignorancia, de pobreza. Los alacranes, reales o imaginarios, se han apoderado de la gente, y sólo hay un remedio, aplicado por la enérgica Edelmira: dar un portazo a todo esto y marcharse para siempre.

Se ha objetado a Izaguirre el uso reiterado de los mismos giros y similares vocablos. Nos da la impresión que este tratamiento se ajusta a la atmósfera envolvente que se pretende crear. Los recuerdos suscitan ideas fijas, obsesiones, las imágenes vuelven a su versión primitiva (el color achocolatado de la poceta), y como no existe el propósito de relatar acciones sino de introducir al lector en un remolino donde forzosamente habrá de enfrentarse a los mismos fantasmas, los mismos espectros, objetos personificados y personas inanimadas, creemos que se justifica esa técnica de insistir en los mismos cuadros de la desesperación.

Sin extendernos en citas podemos afirmar que la prosa de Izaguirre, tanto en el poético manejo de los recuerdos como en los momentos de aguda observación, sorprende por su originalidad y virulencia auténticas. Un ejemplo, entre muchos: “Bocanadas

de ciudad muerta cruzada por las cloacas embauladas que se estiran como Caroata de norte a sur, desde los flancos mismos de la montaña: boqueos de animales podridos, basura y porquerías de Catuche, de Quebrada Anaucó, Cotiza y Canoa, hilos nauseabundos que finalizan su recorrido apestoso cuando desembocan en el Guaire, untando de vergüenza y aguas pútridas fechas y próceres y batallas de la historia: Puente Bolívar, 9 de Diciembre, Puente Ayacucho, Soublette, Mohedano o Puente Restaurador”.

Un aspecto singular consiste en la idea de concebir la casa como personaje principal. Si la tomamos como un símbolo, no hay por qué exigir un esbozo más completo de los caracteres humanos. De todos modos nos parece que no sólo está retratado, de cuerpo entero, el abuelo, el antiguo Coronel gomecista, perseguidor de los enemigos del Gobierno, triunfador de Agua Clara, decepcionado al fin entre sus almohadones. (“Una verdadera porquería...”, fue lo último que dijo). Nos perseguirán por mucho tiempo los cuerpos astrales de los demás habitantes: la abuela, revuelta en sus agriuras; la loca cleptómana Engracia, la única que se atreve hablarle claro a Evaristo; la niña Magdalena, feliz víctima del tifus, pues de esta manera no le dio tiempo para sucumbir ante los escorpiones; estampas tan pintorescas como la de Dorotea, la lavandera, con la candela del Capitolio en la boca; por fin, Edelmira, con la cara cada vez más chupada. Entre las vecinas, Rosarito, la maestra, “con su cuerpo menudo y magro presidiendo letanías y el alacrán metido en los fustanes, temeroso del diablo que tiene cara de Evaristo”;

NOTAS NOTAS

las "bailamuertos" Figueredo en cuya casa Evaristo ahogaba su frustración. Este último es la verdadera desgracia de la casa: luchador en las jornadas del 28 y el 36, estudiante malogrado, convertido en torturador profesional en el Trocadero, donde le mete ponzoñas y alacranes en el cuerpo de la gente ajena, aplicándole reflectores en la cara y corrientazos en los testículos. Con todo el aparente triunfo de su causa no es un hombre dichoso. "Se le han formado unas bolsas bajo los ojos y el malestar del trasnocho y el aguardiente, como un nuevo alacrán, le muerde en la comisura de los labios, le orina el esófago y le pone temblorosas las manos...". Termina, presa de las ratas, al caerse borracho cuando iba camino de su casa.

Después de una caracterización tan dramática resulta innecesaria la inserción de un diálogo entre Evaristo y su hermana Edelmira, donde él procura justificarse usando citas del Diario de Debates de la Constituyente. No se compagina, con el estilo general de esta obra, una simple transcripción, tan poco poética. En cambio creemos legítima la escena del cine Colón, criticada por algunos como perfectamente prescindible. El cineasta Izaguirre, a pesar de comentar "la lentitud y ostensible torpeza de los actores de aquel mal film, la mediocre disposición del director de la película para conducir con más acierto, ritmo y movilidad..." cede la palabra al novelista y se confunde con éste para hacernos revivir el ambiente de cine de barrio, muy bien encuadrado dentro de la tradicional parroquia, amenazada por el Maligno. **ALACRANES** es una novela digna de figurar en cualquier biblioteca,

pública o particular, no sólo en Venezuela sino en cualquier país de habla hispana. Su tinte localista, su descripción de costumbres añejas y de supercherías, su aparente limitación a unas cuantas esquinas del antiguo casco urbano, no le quita su proyección universal.

Porque, como dice Camus, "...se puede leer en los libros que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa".

SALVADOR PRASEL



Luis Alberto Crespo: SI EL VERANO ES DILATADO (Poemas). 1968. Colección Actual, Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

"Este es un libro que introduce una postura singular en la poesía venezolana: el tratamiento descarnado y directo de un paisaje y unos hombres para convertirlos en visiones trascendentes, sobrecargadas de nostalgia, polvo, silencio y ruido de sol".

El juicio contenido en estos primeros párrafos de la nota de presentación al poemario de Luis Alberto Crespo, "Si el Verano es Dilatado" (mención honorífica en el concurso José Rafael Pocaterra 1967), nos anticipa el descubrimiento de una virtud primordial en este libro, sorprendente por